

luchando solo contra las tres potencias mayores de la Europa, resistiéndolas durante siete años, desconcertándolas con sus golpes imprevistos, fatigándolas con su tenacidad, dejando á la fortuna el tiempo para ofrecerle en Rusia un cambio de dominación, y desarmando en fin con su genio y su constancia á las tres mujeres que con su mala lengua había desencadenado contra él. Sus acciones son de las más memorables de la historia, y merecen ocupar un puesto al lado de las de Alejandro, Aníbal, César, Gustavo Adolfo y Napoleón.

La revolución francesa ha tenido el honor de imprimir al arte de la gran guerra el último y decisivo impulso. El movimiento civilizador que substituyó la infantería á la caballería, es decir, las naciones á la nobleza, debía recibir de la revolución francesa, que fué la explosión de las clases medias, el último vuelo. Los franceses en 1789 abrigaban dos sentimientos, el pesar de haber visto á la Francia decaer desde Luis XIV, lo que atribuían á las ligerezas de la corte, y la indignación contra las potencias europeas que querían impedirles reformar sus instituciones basándolas en el principio de la igualdad civil. Así es que la nación en masa tomó las armas. La antigua guardia real, aunque privada por la emigración de una gran parte de sus oficiales, bastó para sostener los primeros encuentros, y al mando de un general, Dumouriez, que hasta los cincuenta años había malgastado su genio en vulgares intrigas, se empeñó en afortunados combates. Pero no tardó en perecer bajo los golpes de esta terrible guerra, y la revolución envió en su reemplazo grandes masas de población que se convirtieron en infantería. Con hombres reclutados á toda prisa no se pueden formar jinetes, artilleros, ni zapadores; pero en un país esencialmente militar, que tiene el orgullo y la tradición de las armas, se pueden formar infantes.

Estos infantes incorporados por medias brigadas á los restos de la antigua guardia, llevándole su audacia, tomando su organización, se lanzaron sobre el enemigo, primero como diestros tiradores, y después le destruyeron cargándole en masa con la bayoneta calada. Andando el tiempo, aprendieron á maniobrar en presencia de los ejércitos más amaestrados de la Europa, los que se habían educado en la escuela de Federico y de Daun; más tarde proporcionaron artilleros, jinetes, ingenieros, y adquiriendo la disciplina que al principio no tenían, conservando su primitiva audacia y actividad, no tardaron en constituir el primer ejército del mundo.

No era posible que este poderoso sentimiento del año 89, combinado con nuestras seculares tradiciones militares, nos proporcionase ejércitos sin darnos al mismo tiempo generales; que nuestra infantería, maniobrando como los mejores ejércitos alemanes, y siendo más viva, más experta, más audaz que ellos, no ejerciese sobre sus jefes una influencia irresistible; y efectivamente llevó á Pichegrú á Holanda, y á Moreau, Kléber, Hoche y Jourdan á Alemania. Pero al mismo tiempo que se formaban generales capaces de dirigir bien un ejército, debían formarse, no dos, sino uno capaz de dirigir á la vez todos los ejércitos de un vasto imperio, porque el movimiento moral es como el físico: impreso en muchos cuerpos á la vez, lleva á cada uno de ellos á

distancias proporcionadas á su volumen y á su peso. Mientras que Pichegrú, Hoche, Moreau, Kléber, Desaix y Massena eran el producto de este movimiento nacional, el jefe de todos ellos se revelaba en Tolón; y este jefe que el universo nombra era el joven Bonaparte, educado en el seno de las escuelas del antiguo régimen en la más sabia de las armas, la de la artillería, pero poseído del espíritu nuevo, y reuniendo en su audacia personal, acaso la mayor que ha inspirado á un ser humano, la audacia de la revolución francesa. Dotado con ese genio universal que hace á los hombres á propósito para todo, tenía además una disposición particular, su aplicación para estudiar la topografía en los mapas y su inclinación á buscar en este estudio la solución de los fenómenos de la política, como la de los problemas de la guerra.

Consagrado sin cesar á la meditación de los mapas, lo que muy rara vez hacen los militares, y lo que hacían mucho menos antes de que él les abriese el camino de este estudio, pensaba continuamente en la configuración del terreno, teatro entonces de la guerra, y á estas profundas meditaciones unía los ensueños de un joven diciéndose lo que haría por su parte si estuviere encargado del mando, en qué sentido conduciría los ejércitos de la república; y no dudando que llegaría un día á ser jefe, sentía fermentar en su alma alguna cosa indefinible, como se siente á veces debajo del suelo que pisamos el rumor sordo del agua que no debe tardar en taladrar la tierra y brotar como un fecundo manantial. Entregado á estas solitarias meditaciones, comprendió que habiendo renunciado el Austria á los Países Bajos, no era vulnerable más que en Italia, y que á este punto era adonde debía dirigirse la guerra para hacerla decisiva.

Hablando continuamente de sus ensueños á sus directores, de los que era subordinado, fatigándoles casi con sus proyectos, es al principio nombrado comandante de París, y después de haberse dejado vencer Scherer, general del ejército de Italia. Apenas llegó á Niza el joven general, comprendió de una sola ojeada que no había necesidad de forzar los Alpes, y bastaba rodearlos, como él mismo ha dicho con tanta profundidad. En efecto, los piemonteses y los austriacos custodiaban la garganta de Montenotte, en donde los Alpes se bajan para levantarse más lejos con el nombre de Apeninos. Amenaza á Génova con el fin de atraer á este punto á los austriacos, después en una noche atraviesa la garganta de Montenotte, custodiada solamente por los piemonteses, los rechaza, con dos batallas logra precipitarlos en Turín, consigue la paz del rey del Piamonte y cae sobre el Po en persecución de los austriacos, los cuales, viendo que se habían engañado al dejarse llevar hacia Génova, se apresuran á volver para acudir á la defensa de Milán. Pasa el Po por Plasencia, entra en Milán, corre á Lodi, fuerza el Adda y se detiene en el Adigio, donde su trascendental talento le muestra la verdadera frontera de la Italia contra los alemanes. Un genio menos profundo hubiera corrido al Mediodía para apoderarse de Florencia, de Roma y de Nápoles; pero él ni siquiera piensa en estas empresas. «A los alemanes es á quien es preciso disputar la Italia», dice al Directorio; contra ellos es contra quienes necesitamos tomar una posición, y quien vaya al Me-

diódia encontrará al volver Fornova como Carlos VIII ó la Trebbia como Macdonald (1).»

Se decide, pues, á permanecer en el Norte y con el mismo genio nota que el Po tiene una corriente demasiado larga para ser defendida con facilidad; que el Isonzo, demasiado avanzado, se halla siempre expuesto á ser rodeado por el Tirol; que únicamente puede defenderse con éxito el Adigio, porque apenas sale de los Alpes en Verona, esta corriente de agua cae en las lagunas de Legnano, y porque, situado al lado acá del Tirol, no puede ser rodeado. El joven Bonaparte se estableció en el Adigio reflexionando de este modo: Si los austriacos quieren forzar el Adigio por las montañas, pasarán necesariamente por la meseta de Rívoli; si quieren forzarle por la llanura, se presentarán ó delante de Verona ó en las lagunas en los alrededores de Legnano. Con este motivo es necesario colocar el grueso de las tropas en el centro, es decir, en Verona, dejar dos destacamentos de guardia, el uno en Rívoli y el otro cerca de Legnano, reforzarlos alternativamente según la dirección que tome el enemigo y permanecer imperturbable en esta posición haciendo del sitio de Mantua una especie de pasatiempo para dar lugar á las diversas apariciones de los austriacos. Gracias á esta profundidad de cálculo, con treinta y seis mil hombres apenas aumentados con quince mil más durante el curso de esta guerra, el joven Bonaparte contuvo á todos los ejércitos austriacos, y librando en diez y ocho meses doce batallas, más de sesenta combates y haciendo más de cien mil prisioneros, abrumó al Austria y consiguió de ella que abandonase definitivamente á la Francia la línea del Rhin, y además la paz general.

Aun cuando se recorran todas las páginas de la historia no se hallará seguramente nada semejante á esta campaña. La concepción general y el arte de los combates, todo se encuentra en ella en un grado de perfección único hasta entonces. Atravesar las montañas por Montenotte; llevar á los austriacos hacia Génova por medio de un ardid; dueño de Milán, en vez de correr á Roma y á Nápoles, dirigirse á Verona, comprendiendo que al disputar la Italia á los soldados del Norte es necesario vencerlos en el Norte; dejar el Mediodía como un fruto que se caerá del árbol cuando esté maduro, elegir entre las diversas líneas defensivas la del Adigio porque no es tan desmesuradamente larga como la del Po, ni fácil de rodear como la del Isonzo, y permanecer en ella hasta llamar á sí y destruir las fuerzas del Austria, resumen la concepción. Esperar al enemigo delante de Verona; si se presenta directamente, rechazarle á favor de la buena posición de Caldiero; si llega por la derecha hacia el terreno bajo, ir á combatirle en las lagunas de Arcole, en donde el número es insignificante, en donde el valor es todo; si desciende por la izquierda desde el Tirol, recibirle en la meseta de Rívoli y allí, dueño de dos caminos, el del fondo del valle

(1) Aunque Carlos VIII salió victorioso en Fornova, estuvo á punto de perecer, y hubiera sucumbido con todo su ejército á no encontrar detrás de sí tropas muy inferiores á las suyas. Macdonald, por el contrario, hallando en la Trebbia tropas iguales en valor á las que mandaba, por poco no sucumbe, no por su culpa, sino por la del Directorio que le había enviado á Nápoles. El cálculo del general Bonaparte, era, pues, exacto en ambos casos, y prueba que en el Norte y no en el Mediodía era donde debía disputarse la Italia. (N. del A.)

que siguen la artillería y la caballería, el de las montañas que sigue la infantería, lanzar desde luego en el Adigio á la caballería y á la artillería, después apoderarse de la infantería desprovista del socorro de las demás armas, coger diez y ocho mil hombres con quince mil, resumen el arte del combate; y realizar todo esto á los veintiséis años, reunir á la audacia de la juventud la profundidad de la edad madura, no hay, lo repetimos, ejemplo alguno en la historia que presente de un modo tan brillante la grandiosidad de las concepciones unida á la perfección de su ejecución!

El resto de la carrera del general Bonaparte está señalado por los mismos rasgos: discernimiento eminente del fin que es preciso obtener en una campaña, y habilidad profunda para aprovecharse del terreno al que las circunstancias de la guerra llevan á los combatientes; en una palabra, igual superioridad en los movimientos generales y en el arte de dar una batalla.

En 1800 éramos dueños de la Suiza, que ocupábamos hasta el Tirol, teniendo á la izquierda las llanuras de la Suabia y á la derecha las del Piamonte. Los austriacos no imaginándose los audaces movimientos de su joven adversario, avanzaron por la izquierda hasta cerca de Huningue, y por la derecha hasta Génova. El primer cónsul proyecta caer por los dos lados de la cadena de los Alpes sobre sus retaguardias, y propone á Moreau bajar por Constanza hasta Ulm, mientras que él llega por el San Bernardo á Milán. Moreau titubea en lanzarse en plena Baviera por medio de las masas enemigas. El primer cónsul le deja en libertad de obrar; pasa el San Bernardo sin caminos conocidos, y haciendo rodar á través de los precipicios sus cañones encerrados en troncos de árboles, cae sobre las espaldas de los austriacos sorprendidos, y les obliga en Marengo á entregarle en un día la Italia entera, que dos años antes le había costado doce batallas y sesenta combates, mientras que Moreau, operando á su modo, metódica y prudentemente, emplea seis meses en acercarse á Viena.

En esta ocasión elige también con tal certeza el punto en donde debe herir, que apenas dado el golpe queda el enemigo desarmado instantáneamente. Sin embargo, la batalla decisiva no ofrece aún la perfección de la de Rívoli por ejemplo. Hallándose en una llanura, el terreno presentaba muy pocas circunstancias favorables, y un reconocimiento mal ejecutado dejó ignorar la presencia de los austriacos. El primer cónsul se vió, pues, sorprendido y le faltó poco para que le vencieran; pero en vez de Grouchy tenía á Desaix por teniente, y la llegada de éste le proporcionó la victoria. Por lo demás, si un accidente pudo hacer peligrosa la batalla, la operación que le colocó de improviso detrás del enemigo no fué por eso menos prodigiosa, y sólo comparable con el pasaje de Aníbal realizado dos mil años antes.

En 1805, obligado á renunciar á la expedición de Inglaterra y á dirigirse sobre el continente, el joven cónsul, convertido en emperador, llevó en quince días sus ejércitos de Flandes á Suabia. Ordinariamente pasábamos por los desfiladeros de la Selva Negra para llegar á los manantiales del Danubio, y según su costumbre los austriacos acudían con la mayor premura á este sitio. Napoleón les detiene mostrándoles algunos

frentes de columnas en los principales desfiladeros, después se oculta de pronto, recorre por su izquierda la longitud de los Alpes de Suabia, desemboca por Nuremberg detrás de los austriacos, á los que encierra en Ulm, y obliga á un ejército entero de sesenta mil hombres á rendirse en su presencia, lo que nunca se ha visto en ningún siglo. Desembarazado del grueso de las tropas austriacas y sabiendo que los prusianos se muestran amenazadores, en vez de titubear se lanza á Viena, arrastra en su movimiento á sus ejércitos de Italia mandados por Massena, los reúne en Viena, después corre á Austerlitz en donde encuentra á los rusos unidos con el resto de las fuerzas austriacas, llega al paraje fingiendo incertidumbre, simulando retroceder, tienta de esta manera la presunción de Alejandro, y este emperador guiado por jóvenes quiere cortar al ejército francés su retirada de Viena. Con este fin deja sin guarnición la meseta de Pratzen, que era su centro, y Napoleón, cayendo como un águila sobre esta meseta y dividiendo el ejército enemigo, arroja una porción de él á los lagos y la otra en un barranco. En seguida se vuelve contra los prusianos, los que en vez de reunirse á la coalición, se ven precisados á excusarse de hinojos por haber pensado en hacerle la guerra.

Aquí aun los movimientos generales participan de una seguridad y de una audacia sin igual; la batalla decisiva es una maravilla de habilidad y de presencia de ánimo, y no es un milagro que caigan los imperios ante semejantes prodigios de arte.

En vez de la paz segura y duradera que hubiera podido concluir con la Europa, el vencedor de Austerlitz, embriagado con sus triunfos, se atrae la guerra con la Prusia sostenida por la Rusia. El ejército prusiano se dirige detrás de la montañosa selva de la Turingia para cubrir las llanuras del centro de Alemania. Napoleón le deja, sube por la derecha hasta cerca de Coburgo, desemboca por el extremo izquierdo de la línea enemiga, aborda á los prusianos con el fin de cortarles su retirada al Norte, donde los rusos les esperan, los destruye en Jena, en Auerstaedt, y persiguiéndolos sin cesar se apodera hasta del último de entre ellos en Prenzlau, no lejos de Lubeck. Aquel día concluyó la monarquía prusiana: ¡la obra de Federico el Grande quedó abolida!

Era preciso trasladarse al Norte á buscar á los rusos y luchar con ellos cuerpo á cuerpo para corregirlos de su costumbre de incitar sin cesar contra nosotros á las potencias alemanas, las que abandonaban después de haberlas comprometido.

Napoleón llega al Vístula, y por la primera vez se coloca en presencia de dos grandes dificultades, el clima y la distancia, que debían más tarde serle tan funestos. Su ejército conservaba aún todo su vigor moral y físico; sin embargo, al hallarse á semejante distancia, no faltaron soldados que se desbandaran; otros se disgustaron por el hambre y el frío. Napoleón despliega una fuerza de voluntad y un genio organizador extraordinarios para conservar su ejército intacto, lucha en las heladas llanuras de Eylau con una energía indomable contra la bárbara energía de los rusos, emplea el invierno en consolidar su posición apoderándose de Dantzick, y al volver la primavera su ejército reposado marcha hacia el Niemen siguiendo la corriente del Ale. Calcula que los rusos tendrán necesidad de aproximarse al litoral para

vivir, que con este motivo tendrán que atravesar el Ale delante de él, y avanza con la mirada fija en este suceso, del que espera sacar un partido decisivo. Con efecto, el 14 de junio, aniversario de la batalla de Marengo, encuentra á los rusos pasando el Ale por Friedland. Excepto los granaderos de Oudinot todos sus cuerpos se hallan retrasados, y á estos granaderos los emplea como tiradores hasta que llegue el resto de su ejército. Al tener á su disposición todas sus fuerzas, en vez de lanzarlas sobre los rusos espera á que éstos hayan atravesado el Ale; para que verifiquen esta operación repliega su izquierda haciendo avanzar poco á poco su derecha hacia Friedland, en donde están los puentes de los rusos, destruye en seguida estos puentes, y cuando ha privado al enemigo de todos los medios para su retirada, avanza con su izquierda, que había hecho retroceder, empuja á los rusos hacia el Ale, y ahoga ó se apodera de casi todo este ejército, el último que la Europa podía oponerle.

Lo mismo en esto que en lo demás, se descubre la perfección llevada al último grado. Prever que los rusos intentarían encaminarse al litoral para no carecer de víveres y que atravesarían el Ale delante del ejército francés, seguirlos, sorprenderlos en el momento del pasaje, esperar á que en su mayor parte hayan pasado el río, arrebatarles sus puentes y rechazarlos hundiéndolos en el Ale, son verdaderos prodigios en los que la más profunda previsión en la concepción del plan iguala á la presencia de ánimo en la operación definitiva, es decir, la batalla.

En Italia había sido Napoleón un general dependiente y sus medios limitados; en Austria, en Prusia, en Polonia, había sido el general, jefe del Estado, dueño de los recursos de un vasto imperio, pudiendo dar á sus operaciones toda la extensión de sus concepciones, y destruyendo en un día al Austria, en otro á la Prusia y en el otro á la Rusia, todo esto á unas distancias á las que nunca había llegado la guerra. En el primer caso fué el modelo del general subordinado, y en el segundo el del general todopoderoso y conquistador. En éste, nada de movimientos limitados en torno de una plaza, de batallas clásicas en las que maniobraban la caballería en las alas y la infantería en el centro: los movimientos toman las proporciones de los imperios que van á destruir, y las batallas la fisonomía exacta del paraje en donde se llevan á cabo.

Las batallas se asemejan, sobrepújandola, á la de Leuthen, y los movimientos tienen mucha más importancia que los de Federico, corriendo desalentado de Breslau á Francfort-sur-l'Óder, de Francfort-sur-l'Óder á Erfurt, sin dar jamás el golpe decisivo que debía poner fin á la guerra. No queremos decir que no sea de admirar la actividad, la constancia, la tenacidad de Federico, digno del sobrenombre de Grande. Sin embargo, no es menos cierto que el general francés, aumentando con la suya la audacia de la revolución, estudiando las proporciones del terreno como nadie las había estudiado antes que él, llegó á obtener una extensión, una exactitud de movimientos tales, que sus golpes eran á la vez seguros y decisivos, y en cierto modo sin apelación! Puede decirse que el arte había llegado á sus últimos límites.

Desgraciadamente estos prodigiosos triunfos debían corromper, no al general, cada día más consumado en

su arte, sino al político, persuadirle de que todo era posible, conducirlo primero á España, después á Rusia con ejércitos debilitados por su renovación demasiado rápida, y á través de dificultades cada día mayores, primero la distancia, como por ejemplo desde Cádiz hasta Moscú, y después el clima que pasaba desde el del Africa al de la Siberia, lo que obligaba á los hombres á experimentar desde cuarenta grados de calor hasta treinta grados de frío, diferencias extremadas que no puede soportar la vida animal. En medio de semejantes temeridades, el más grande, el más perfecto de los capitanes debía sucumbir!

Así es que muchos jueces de Napoleón, que sin ser jamás demasiado severos con su política lo son y mucho con sus operaciones militares, le han acusado de ser el general de los triunfos, no el de los reveses, de saber invadir, no defender, de ser el primero en la guerra ofensiva y el último en la defensiva, lo que resumen diciendo que Napoleón *no supo nunca hacer una retirada*; pero esta en nuestro juicio es una apreciación errónea.

Cuando en la embriaguez del triunfo Napoleón se encontraba á distancias como la de París á Moscú, y en un clima de treinta grados bajo cero, no había retirada posible; y Moreau, que operó la admirable retirada de Baviera en 1800, no hubiera ciertamente conducido el ejército francés de Moscú á Varsovia sin experimentar pérdida alguna. Cuando tenían lugar desastres como el de 1812, no era una de las alternativas de la guerra que obligan tan pronto á avanzar como á retroceder, sino un edificio que se desplomaba sobre la cabeza del hombre audaz que había querido elevarlo al cielo. Los ejércitos en el último grado de exaltación para ir á Moscú, hallándose sorprendidos de repente por un clima destructor, á distancias inmensas, sabiendo que los pueblos estaban insurreccionados detrás de ellos, caían en un abatimiento proporcionado á su entusiasmo y no había nadie en el mundo que pudiese mantener su orden. Así, pues, no era que su jefe no sabía dirigir una retirada, sino el edificio de la monarquía universal que se desplomaba sobre la cabeza de su temerario arquitecto!

Pero no sería buen general el que no se mostrase en la adversidad lo mismo que en la prosperidad con facultades extraordinarias, porque la guerra es una serie tal de alternativas felices ó desgraciadas, que no podría mandar quince días un ejército el hombre que no pudiese satisfacer las exigencias de una ú otra clase de alternativas. Ahora bien: cuando el general Bonaparte, asaltado por los austriacos en 1796 en medio de las fiebres del Mantuano, y sin poder poner en línea arriba de diez mil hombres, se dirigía hacia los pantanos de Arcole para destruir el poder del número, demostraba una firmeza y una fertilidad de ingenio en las circunstancias difíciles, que ciertamente no han tenido ni tienen muchos ejemplos. Cuando en 1809, época en la que comienza la serie de sus torpezas políticas, se hallaba en Essling, estrechado por los límites del Danubio, privado de todos sus puentes por una avenida extraordinaria del río, y se replegaba en la isla de Lobau con una sangre fría imperturbable, no se presentaba menos fuerte, menos sólido en la desgracia.

La resistencia en Essling fué el prodigio de Lannes,

que murió en el combate; de Massena, que hubiera muerto también si Dios no le hubiera hecho tan afortunado como tenaz; pero la firmeza de Napoleón que en presencia de Viena alterada, de todos nuestros generales desanimados, descubría recursos en donde nadie los veía ya, y adoptaba el plan firme y paciente con el cual devolvió la victoria á nuestras banderas en Wagram, esta firmeza tan admirada por Massena, pertenecía á Napoleón, y este suceso ofreció una de las extremidades de la guerra más grandes y gloriosamente atravesadas que refiere la historia de las naciones en sus páginas inmortales.

Por fin, para presentar desde luego la prueba más decisiva, la campaña de 1814 en la que Napoleón con un puñado de hombres, los unos gastadísimos, los otros bisonios, hizo frente á la Europa entera, no batiéndose en retirada, sino aprovechándose de los malos movimientos del enemigo para rechazarle asestándole golpes terribles, es otro ejemplo de fecundidad de recursos, de presencia de ánimo, de indomable firmeza en una situación desesperada. Es cierto que Napoleón no ejecutaba la guerra defensiva como la mayor parte de los generales, retirándose metódicamente de una línea á otra, defendiendo la primera, la segunda, y después la tercera, sin lograr otra cosa que ganar tiempo, lo que no es de desperdiciar, pero lo que no basta para terminar felizmente una crisis: hacía la guerra defensiva como la ofensiva, estudiaba el terreno, procuraba prever la manera de obrar que tendría en él el enemigo, sorprenderle en cualquiera de sus faltas y anonadarlo, lo que practicó contra Blücher y Schwartzberg en 1814, y lo que hubiera asegurado su salvación, si en torno suyo no hubiera estado ya gastado todo, lo mismo los hombres que las cosas.

Si no fué, propiamente hablando, el general de las retiradas, porque pensaba, como Federico, que la mejor defensiva era la ofensiva, se mostró tan grande en las guerras desastrosas como en las afortunadas. En las unas como en las otras conservó siempre el mismo carácter vigoroso, audaz, pronto en hallar el sitio en donde debía descargar el golpe, y si sucumbió, no fué, lo repetimos, el militar quien sucumbió, sino el político que quería un imposible, tratando de vencer la invencible naturaleza de las cosas.

Napoleón no fué menos notable en la organización de los ejércitos que en la dirección general de las operaciones y en las batallas.

Antes de él los generales de la república distribuían sus ejércitos en divisiones compuestas de todas armas, infantería, artillería y caballería, reservándose á lo más una división formada como las demás para contrarrestar los golpes imprevistos. Cada teniente daba una batalla aislada, y el papel del general en jefe consistía en socorrer al que de entre ellos necesitaba auxilio. De este modo podían evitarse derrotas, hasta ganarse batallas, pero ninguna de esas batallas anonadoras, al final de las cuales las potencias se ven en la necesidad de rendir armas. Napoleón debía cambiar la organización de los cuerpos de ejército, y cambiarla de modo que el que los dirigiese todos tuviese los medios de decidir la lucha.

Con efecto, su ejército se hallaba dividido en cuerpos, en los que la infantería era la base con una porción

de artillería para sostenerla, y otra de caballería para abrirle camino. Pero además de la infantería de la guardia, que era su reserva natural, creó grandes masas de caballería y de artillería que eran como un rayo que guardaba para lanzarlo en el momento decisivo. Pareciendo inexpugnable en Eylau la infantería rusa, lanzó sobre ella sesenta escuadrones de dragones y de coraceros, abriéndola una brecha que no volvió á cerrarse. Habiendo dejado Bernadotte en Wagram atravesar nuestra línea, detuvo con cien cañones al centro victorioso del archiduque Carlos y restableció el combate, que Davout terminó apoderándose de la meseta de Wagram. Para esto fué para lo que, además de la guardia, se formaron dos reservas, la una de caballería de línea y la otra de artillería de grueso calibre, que eran en sus manos la maza de Hércules.

Pero para manejar esta maza se necesita la mano de Hércules, y con otro general menos grande que Napoleón esta organización hubiera tenido el inconveniente de privar con frecuencia á los tenientes hábiles de armas especiales que podrían utilizar con ventaja, para concentrarlas en las manos de un jefe incapaz de servirse de ellas. Así es que casi todos los generales del ejército republicano del Rin, acostumbrados á operar cada cual por su lado y de un modo casi independiente, reuniendo por lo tanto una porción de todas las armas, echaban de menos su antigua organización, lo que equivale á decir que sentían perder un estado de cosas que les daba más importancia, disminuyendo los resultados generales.

Pero la organización no consiste solamente en distribuir bien las diversas partes de un ejército, consiste en reclutarle y sostenerle. Desde este punto de vista el arte que Napoleón desplegó para llevar á los quintos desde sus aldeas á las orillas del Rin, de las del Rin á las del Elba, del Vístula y del Niemen, reuniéndolos en depósitos, vigilándolos cuidadosamente, no permitiéndoles fugarse casi nunca, y llevándolos de este modo, como quien dice por la mano, al campo de batalla, fué un arte prodigioso. Consistía en una memoria infalible para los detalles, en un discernimiento profundo de los descuidos ó de las infidelidades de los agentes subalternos, en una atención continua para reprimirlos, en una fuerza de voluntad infatigable, en un trabajo incesante que llenaba con frecuencia sus noches después de haber pasado todo el día á caballo. Y á pesar de todos estos esfuerzos, los caminos estaban poblados de prófugos que atestiguaban una sola cosa, la violencia que se hacía á la naturaleza llevando á los hombres desde las orillas del Tajo á las del Volga!

A estas tareas tan diversas del general en jefe hay muchas veces que añadir otra, la de tomar los elementos para atravesar montañas nevadas, ríos anchos y violentos, y en ciertas ocasiones hasta el mar. La antigüedad ha legado á la admiración del mundo el paso de los Pirineos y de los Alpes por Aníbal, y es cierto que los hombres no han hecho nada más grande ni quizás tanto. La travesía del San Bernardo, el transporte del ejército á Egipto á través de las flotas inglesas, los preparativos de la expedición de Boloña, por último el pasaje del Danubio en Wagram, son operaciones grandiosas que que no admirará menos la posteridad. La última sobre todas será un eterno motivo de asombro. Consistiendo

la dificultad en esta ocasión en ir á buscar al ejército austriaco al lado opuesto del Danubio para presentarle la batalla y en atravesar este anchuroso río con ciento cincuenta mil hombres en presencia de doscientos mil, que nos esperaban para precipitarnos en las aguas, sin que se pudiese evitar su encuentro dirigiéndose más arriba ó más abajo de Viena, porque en el primer caso se avanzaba demasiado, retrocediéndose otro tanto en el segundo; esta dificultad fué vencida de una manera maravillosa. En tres horas, ciento cincuenta mil hombres y quinientos cañones pasaron por delante del enemigo estupefacto, que no pensó combatirnos hasta que llegamos á la orilla izquierda y pudimos hacerle frente. El paso del San Bernardo, por extraordinario que sea, está lejos de igualar al de los Alpes verificado por Aníbal, pero la travesía del Danubio en 1809 iguala á todas las operaciones intentadas para vencer el poder combinado de la naturaleza y de los hombres, y se considerará como un fenómeno de previsión profunda en el cálculo, y de audacia tranquila en la ejecución.

Por último, no se bosquejaría completamente el genio de Napoleón si no añadiésemos que á las cualidades más diversas de la inteligencia reunía el arte de dominar á los hombres, de comunicarles sus pasiones, de subyugarlos como un gran orador subyuga al auditorio, conteniéndolos unas veces, lanzándolos otras, reanimándolos cuando estaban desalentados, y siempre guiándolos como un hábil jinete guía á un caballo indómito. No le faltó, pues, ninguna de las cualidades del talento y del carácter necesarias para ser un verdadero capitán, y puede sostenerse que si Aníbal no hubiera existido, nadie en el mundo le hubiera igualado.

Así, pues, resumiendo cuanto hemos dicho acerca del progreso de la gran guerra, repetiremos que dos hombres la llevaron á su mayor grado en la antigüedad, Aníbal y César; que César, contenido por sus hábitos del campamento, mostró menos audacia de movimientos, menos fecundidad en combinaciones, menos tenacidad en todas las fortunas que Aníbal; que en la Edad Media, Carlomagno, jefe de imperio admirable, no se nos presenta, sin embargo, como un verdadero gran capitán, porque el arte se hallaba muy atrasado en su tiempo; que entonces el guerrero iba siempre á caballo y apenas auxiliado por algunos arqueros; que comenzó la infantería con el desarrollo de las clases medias en el seno de las ciudades, mostrándose primero en las montañas de la Suiza, después en las ciudades alemanas, italianas, holandesas; que destruyendo la pólvora las murallas salientes, las ciudades hundieron en tierra sus defensas; que nació entonces un arte sutil, el de la fortificación moderna; que reapareció en el mundo la gran guerra, la guerra sabia y audaz en torno de las ciudades que había que tomar ó socorrer; que los Nassau fueron los primeros maestros de esta guerra, desplegando eminentes cualidades y una constancia célebre; pero que encadenada aún la guerra alrededor de las ciudades, permanecía tímida; que habiéndose trabado al Norte una lucha sangrienta que duró treinta años entre los protestantes y los católicos, Gustavo Adolfo, oponiendo un pueblo valiente y sólido á la caballería polaca, proporcionó nuevos progresos á la infantería; que en Alemania dió más audacia á la guerra, separándola más que los Nassau del circuito de las plazas; que en Fran-

*Bonaparte*

En el sitio de Tolón (1793)

*Napoleon*

En Varsovia (27 de enero de 1807)

*Napoleon*

En Moscou (21 de septiembre de 1812)

*Bonaparte*

En Milán (20 de mayo de 1796)

*Napoleon*

En Tilsitt (22 de junio de 1807)

*Napoleon*

En Dresde (1.º de octubre de 1813)

*Napoleon*

En el Cairo (30 de julio de 1798)

*Napoleon*

En Madrid (7 de diciembre de 1808)

*Napoleon*

En Erfurt (13 de octubre de 1813)

*Napoleon*

Al ser nombrado emperador

*Napoleon*

En Donawerth (18 de abril de 1809)

*Napoleon*

En Austerlitz (3 de diciembre de 1805)

*Napoleon*

En Ratisbona (24 de abril de 1809)

*Napoleon*

En Fontainebleau (4 de abril de 1814)

*Napoleon*

A partir de la campaña de 1805

*Napoleon*

En Schoenbrunn (13 de mayo de 1809)

*Napoleon*

En la isla de Elba (9 de septiembre de 1814)

*Napoleon*

En Potsdam (26 de octubre de 1806)

*Napoleon*

En Moscou (12 de septiembre de 1812)

*Napoleon*

En la isla de Aix (14 de julio de 1815)

*Napoleon*

En Berlín (29 de octubre de 1806)

*Napoleon*

En Santa Elena (11 de diciembre de 1816)